

rado y en él fio á piés juntillas como cristiano viejo y católico que soy, y en su creencia y fé voy á todas partes á donde debo ir, sin hacer caso de los obstáculos que á mi paso puedan oponer los peligros del mar ó de la tierra, ni las dificultades y atolladeros de que el hombre se rodea cada dia en la sociedad con sus pasiones ó sus necesidades. Todo lo cual, y mucho mas que me ocurre, viene aquí como de molde, mi querido Torres, aunque á vd. no se lo parezca, por lo que voy á escribir á vd. en esta y en otras que escribirle me propongo, y por cuyo tenor irá comprendiendo que yo soy hombre que tomo la vida conforme Dios me la envía, que me pongo la capa conforme viene el aire, y que convencido de que en esta nuestra bien constituida y fraternal sociedad es preciso que medio mundo se ria del otro medio, estoy siempre dispuesto á reirme del medio mundo que del medio mio se rie, y aun del mundo entero si á la mano se me rodare. Yo, que tengo entre el vulgo nombre y fama de poeta, y que si lo soy, no es por mi talento que es bien escaso, ni por mi ciencia que es casi nula, ni por mi instinto é inspiracion que son extravagantes y descabellados, sino por la permission benévola de Dios, el capricho de la fortuna y la gracia de nuestro siglo, en el cual con un poco de atrevimiento y aplomo puede cualquiera llegar á ser lo que mas le convenga, apetezca ó ambicione, me he propuesto dar á vd. y á algunos otros amigos cuenta de las mas principales cosas y personas con quienes vaya topando por esos mundos que se me ha sentado en el magin recorrer y visitar. Mas no por este preámbulo, un si es no es pedantesco, que por los puntos de mi pluma se va destilando sobre el papel, vaya vd. á colegir, mi querido

V.

CORRESPONDENCIA.

AL SEÑOR

D. J. M. TORRES-CAICEDO.

PROMETÍ á vd., mi querido amigo, que seria el primero á quien de la buena ó mala ventura mia llegaran las primeras nuevas, y me apresuro á dárselas á vista de la isla de Santo Tomás, hasta la cual nos ha conducido á los navegantes del PARANÁ la voluntad de Dios, á pesar de la torpeza y descuidos de los hombres. Confio en que por un mi amigo, de quien hablaré á vd. mas adelante y que en la isla que á la vista tenemos se halla hace años establecido, le será á vd. remitida la presente carta, mucho antes tal vez de que yo pueda dirigirle otra por los paquetes de la Habana, á donde llegaré no cuando yo me proponia, esperaba y debia llegar, sino cuando Dios fuere servido, que es quien dispone de cuanto los hombres proponen, como supremo y absoluto dueño y gobernador del universo. Yo creo en él á puño cer-

Torres, que voy á escribir á vd. largos discursos sobre los paises que atravieso, ni menos pensarlo. Que tal ó cual isla, que tal ó cual república ó capital, se halle á tantos ó cuantos grados de latitud, tenga tales ó cuales instituciones, tal ó cual preponderancia política, buena ó mala administracion *et cætera*, ni á mí me atañe tomarlo en cuenta, ni á vd. le faltan libros y papeles donde enterarse de ello cuando interesarle pudiere. Escrita está en ellos la historia pasada de los pueblos hácia los cuales he enderezado mi rumbo, y no soy yo quien puede de ellos escribir la presente. Mi limitado saber y mi no muy bien asentado juicio no son balanza fiel en la cual pueda yo pesar cuestiones de tan alta gravedad; contaré á vd. sencillamente lo que fuere viendo, consignaré simplemente los hechos, y si vd. ó los amigos á quienes mi correspondencia mostrare, me la comentan un poco maliciosamente, á fé que no serán míos sus comentarios, ni yo seré responsable de las consecuencias que de ellos sacar pudieren las murmuradoras lenguas. De la mia sé que no dirá mas que lo que deba decir, ayudada de mi pluma: las fábulas divertidas y las ejemplares historias, en versos como mejor mi comezon de hacerlos me los inspire, y en un libro que llevo idea de hacer imprimir para quien quisiere leérmele ó criticármele, y las verdades en la prosa desaliñada de algunas cartas que pienso dirigir á algunos amigos para que se rian al leerlas, como yo al escribirlas, de los que de nosotros á su vez se rieren, se hayan reido ó piensen reirse; que puesto que tengo para mí que siempre es mejor reir que llorar, procuro en todas ocasiones dar á las cosas de la vida una vuelta, para ver de ellas no mas que la cara de risa, pues hartas pesadumbres se tiene el hombre con

haber nacido, sin que otras nuevas se procure por su mal carácter. Así que yo doy á Dios gracias todos los dias por habérmele dado tal, que no le dominan ni abaten las contrariedades y pesadumbres de la vida; y en verdad que de ello me congratulo, porque á ser mi carácter otro, hubiera en este bendito bareo tragado mucha saliva y hecho no poca bilis, como algunos de mis compañeros de viaje.

Es pues el caso, y Dios se lo tenga en cuenta á quien tales los ocasiona, que como la guerra de Oriente es ahora en Europa la suprema razon de todo lo razonable y la irrecusable disculpa de todo lo inconsiderado y absurdo, nuestro buque estaba en Southampton destinado á llevar tropas á la Crimea: mas habiendo recibido su capitan repentina orden de salir para América y continuar su servicio, los preparativos y abastecimientos para este viaje tuvieron que hacerse con la mayor precipitacion; de cuyas consecuencias amargas somos las víctimas inocentes los viajeros del PARANÁ. El capitan tuvo que enganchar en el puerto para su tripulacion á los primeros vagabundos que tal enganche solicitaron, sin poder darse tiempo para averiguar lo que de achaque de marinería á los tales se les alcanzaba. A él indudablemente se le alcanzaron los inconvenientes de semejante tripulacion; pero dijo para sus adentros: "el gobierno manda y yo obedezco: de lo que acontecer pudiere á mi barco sobre la mar, no tendré yo á fé mia la culpa, sino los rusos, que se están en sus trece dentro de Sebastopol;" y embarcó sus improvisados marineros. El maquinista, al recibir la orden de montar inmediatamente la máquina del PARANÁ, que en reparacion estaba, obedeció sin curarse de que muchas de sus piezas no estaban aún convenientemente pulidas ni graneadas. Alcan-

zósele á él muy bien que semejantes piezas podrian llegar á encandecerse con la violenta rotacion de la máquina; pero dijo como el capitan—*la culpa tienen los rusos de Sebastopol;* y el abastecedor al embarcar nuestros poco aceptables víveres, y el camarero al recibir nuestra inepta ó bisoña servidumbre, se hicieron á no dudarle la misma cuenta; así es que viajamos en el PARANÁ con tanta comodidad y tan libres de cuidados como los rusos de Sebastopol. Las palancas motrices y los espigones de los émbolos de nuestra máquina de vapor comenzaron á enrojecerse al cuarto dia de navegacion, amenazándonos con un incendio: pero á fé que debajo teniamos el mar y no podia faltarnos con que apagarlo, de modo que con un hombre que hemos traido encargado de echar continuamente agua y aceite sobre los ejes enrojecidos, hemos venido como sobre flores: es verdad que llegamos á Santo Tomás con cinco dias de retraso y que hemos estado diez veces espuestos á estallar; pero si tal hubiera acontecido, no fuera poca satisfaccion el saber y conocer la causa de nuestro estallido;—*los rusos de Sebastopol:* consuelo que no logran tener todos los que truenan en este mundo. Algunos de mis compañeros de viaje, acaso muy melindrosos ó todavía no bien civilizados y hechos á la sencilla, saludable y nutritiva cocina inglesa, murmuraban de los sendos tasajos de carne y de los macizos pudines que á la mesa nos han servido; pero además de que bien puede ser animosidad nacional, pues los que no los hallan de su gusto no son ingleses, yo tengo para mí que no tienen gran fundamento para semejantes plañidos, pues los dichos tasajos y pudines han estado siempre mucho mas tiernos que las pastas de los pasteles y la galleta que con ellos nos han

ofrecido constantemente; y además yo estoy convencido de que en el PARANÁ y en cualquiera de los buques ingleses que sirven nuestra travesía, comen, han comido y comerán siempre los viajeros mucho mejor mil veces que los rusos de Sebastopol: y visto lo que éstos duran allí, no tienen aquellos grandes motivos para hacer aspavientos.

Y dejando esto aparte, mi querido Torres, dejo la pluma porque estamos entrando en el puerto: de lo que en él me sucediere procuraré tener á vd. al corriente; y entretanto le incluyo adjunta la composicion que le prometí para el álbum de la linda Bolivia de Francisco Martin; que dado que no sea ofrenda digna para su hermosura, será siempre una prueba del buen recuerdo que llevo de la amistad y favor con que sus señores padres en su casa me han recibido.

A LA SEÑORITA

BOLIVIA DE FRANCISCO MARTIN.

Imitacion de una Kásida Arabe.

Dió el cielo á la criatura
Tres flores: la juventud,
La esperanza y la hermosura;
La inocencia es su frescura,
Su perfume la virtud.

Bolivia, tu álbum es un espejo:
 Quien en él firma se mira en él;
 Mas de su imagen queda el reflejo
 Sobre su luna perpétuo y fiel.
 ¿La mía quieres? Yo te la dejo
 Sobre el haz blanca de este papel
 Bajo la forma de un buen consejo
 Util y dulce como la miel.

Como las flores la criatura
 Rica de aromas y de hermosura
 Crece y ostenta su juventud:
 Como á las flores el sol las trueca,
 Su cáliz aja, su tallo seca,
 Y caen en mística decrepitud:
 Mas mientras el tiempo la flor consume,
 Nos vivifica con su perfume
 Y átomos puros da de salud.

La mujer crece como las flores,
 Fresca, lozana,
 Rica en colores,
 Mostrando ufana
 Su juventud:

Pasa como ellas y se consume;
 Pero tras ella deja el perfume
 Vital y eterno de la virtud.
 ¿Sabes empero, Bolivia hermosa,
 En qué á las flores lleva ventaja
 La mujer pura, la virtuosa,

Flor de las flores la mas preciosa,
 Cuya semilla del cielo vino,
 Y en los jardines de Eden florece,
 Flor perfumada de olor divino
 Que nunca al aire se desvanece,
 Flor de almo origen y excelsitud?
 En que á las flores el sol las aja,
 Su tallo dobla, su olor rebaja,
 Y caen en mística decrepitud;
 Mas la memoria de la dichosa
 Mujer sencilla, fiel, virtuosa,
 Flor siempre viva, perpétua, hermosa,
 Estrella fija y esplendorosa,
 No tiene ocaso ni senectud;
 Cuando al sepulcro su cuerpo baja
 De su sepulcro bajo la losa
 Es cuando el ámbar de su memoria,
 Su luz, su gloria
 Se desarrollan en plenitud.
 Raiz eterna prende en su fosa
 Como en chinesco tazon la rosa;
 Capullo fresco la es la mortaja,
 Y mas vivífica, mas aromosa
 Su esencia exala de su atahúd.

Flores con alma sois las mujeres:
 Mas las que vanas con su hermosura
 Del mundo fútil en los placeres
 Su gloria cifran y su ventura
 Son margaritas faltas de olor;

Las que constantes y cuidadosas
 En sus costumbres puras, sencillas,
 Miran atentas á sus deberes,
 Hijas humildes, fieles esposas,
 Madres amantes y piadosas,
 Son azucenas siempre olorosas
 De cuyo cáliz rico en semillas
 Queda en la tierra gérmen y olor.

Bolivia hermosa, flor que temprana
 Tu tallo elevas gentil y ufana,
 Tus hojas abres fresca y lozana,
 Rica en colores y en juventud,
 Hoy que á su oriente tu vida asoma,
 Gérmen fragante y esencias toma,
 Conserva siempre puro el aroma
 Vital y eterno de la virtud.

¡Adios, Bolivia! De tí me alejo:
 Versos me pides: yo te los dejo
 Sobre el haz pura de este papel;
 Mas como tu álbum es un espejo,
 Y quien le firma de su reflejo
 Deja la imágen grabada en él,
 Cuando mis versos á solas leas,
 Cuando en su luna mi imágen veas,
 Como tu espejo quiero que creas
 Que soy tu amigo sincero y fiel.
 Crece y arraiga, Bolivia hermosa:
 Crece, flor pura, fresca y pomposa,

Gala y ornato de tu verjel:
 Mas ten presente mi buen consejo,
 Y tu existencia será dichosa,
 Y tu memoria será un reflejo
 De luz celeste y esplendorosa;
 Será fragante como la rosa
 Y será dulce como la miel.

Sábelo por tu ventura:
 Tres flores son *juventud*,
Esperanza y hermosura:
 La INOCENCIA es su frescura,
 Su perfume es la VIRTUD.

Isla de Santo Tomás—Diciembre 23—1854.

Bueno es vivir para ver, porque cuanto mas se vé mas se sabe, mi querido Torres, y en Dios y en mi ánima le aseguro á vd. que me alegró de haber nacido para ver y saber cosas que jamás me pasaron por el magín: y dígoles porque ayer ví y aprendí una, que me convenció de éuan engañado habia yo vivido hasta ahora acerca del empleo y utilidad de los buques-correos que sirven la línea de Southampton á Veracruz. Ya sabe vd., amigo mio, que el que de Southampton parte encuentra en Santo Tomás otro al cual trasporda sus pasajeros y correspondencia, partiendo con ellos y con ella á la Habana, Veracruz y Tampico, el buque estacionado en Santo Tomás, y estacionándose en este puerto el que arribó de Southampton, para conducir á Europa los pasajeros y la correspondencia que de aquellos puntos de América á su tiempo debe arribar.

Vd. sabe que los inglesés son la gente mas exacta del mundo, y que en donde quiera que dos empresas ó dos compañías están planteadas, no importa para qué objeto, como una de ellas sea inglesa, se capta el favor del público, por la fama de exactitud y formalidad de que goza la Inglaterra por todo el universo; pues bien, ahora verá vd. la exactitud y formalidad con que sirve esta línea la Inglaterra. Ayer al entrar en este puerto, no vimos en él buque alguno

que á la compañía inglesa perteneciera: pedimos nuevas del que debia esperar el arribo del PARANÁ, y el agente de la compañía nos respondió, que como nos habiamos retrasado cuatro dias, no habia podido esperarnos y habiase hecho á la mar para la Habana el 20 como era su deber, segun el contrato que con el gobierno inglés tiene hecho la compañía. Los poetas no solemos ser muy fuertes en lógica, pero habia aquí un argumento que saltaba á los ojos y que no pude menos de hacer al agente inglés, preguntándole:

—¿Para qué se estacionan cada mes en Santo Tomás dos buques-correos?

—Para recibir y conducir á las Américas los pasajeros y la correspondencia de Europa, me respondió el inglés.

—Entonces ¿qué es lo que va á hacer á la Habana sin una ni otros el buque que de aquí salió el 20?

—A cumplir con su obligacion de partir de aquí y arribar allá exactamente en los dias marcados. Caballero, la compañía no debe, segun el contrato, alterar el servicio de los correos por ningun motivo.

—Yo creia que el servicio á que la compañía estaba obligada era la conduccion de la correspondencia:—¿qué hace pues en la Habana, vuelvo á preguntar, el capitán del buque que partió de aquí sin ella el 20?

—Dar parte de que á su salida de aquí no habia llegado el buque de Europa, y probar su exactitud y la mia.—Y basta de preguntas, caballero, no es á vd. á quien tengo yo que dar cuentas, ni esplicaciones.

Y el inglés me volvió la espalda.

A los pocos minutos, el capitán del PARANÁ fijó en la cámara de popa un cartel en el cual anunciaba á sus pasaje-

ros que permanecerían en aquella isla hasta el 20 de Enero de 1855, para cuya época debía llegar de Southampton el buque-correo del 2 del mismo mes, si el gobierno no le embargaba para conducir tropas á Sebastopol.

Ante aquel inesperado anuncio fueron de ver y de oír la estupefacción de los unos y los reniegos de los otros: el temblor de los nerviosos ó pusilánimes, y las quejas é imprecaciones de los biliosos é iracundos. Hubo lágrimas, gritos, ataques de nervios, maldiciones y tirones de pelos, ante la risueña perspectiva de permanecer un mes en aquella isla, en la cual dicen que el cólera, el vómito, el pasmo y las cuartanas esperan con los brazos abiertos á los vagabundos europeos. Los que de nosotros no iban sobrados de dineros, ponderaban los fabulosos precios á que los indígenas nos iban á hacer pagar los artículos de primera necesidad en su hospitalaria isla; una mala cama, á una buena onza: una libra de carne, á una esterlina: un plátano á un peso. Los tímidos y aprensivos aseguraban que en Santo Tomás no se podía comer fruta, ni beber vino, ni bañarse, ni salir al sol, ni pararse á la sombra, ni mirar á la luna, ni transpirar de noche sin ser acometido de una enfermedad tan violenta como incurable, noticias todas agradabilísimas para quien tenía mucho miedo, pocos dineros, menos conocimiento del país, y grande necesidad y prisa de llegar á su destino.

Yo, amigo mío, que conozco y practico el refrán de "á Dios rogando y con el mazo dando," y que comprendí que los lamentos ni los reniegos no nos sacarían del atolladero en que la exactitud del inglés nos había metido, anuncié mi determinación de saltar en tierra, para ver de hallarle al-

guna salida, con ayuda de los cónsules europeos residentes en la isla de Santo Tomás. Adhiriéronse á mi pensamiento, Pancho Baralt y Leonardo Delmonte, pariente el primero de Rafael M. Baralt, poeta é historiador de Nueva Granada, que lleva su mismo apellido, que es ya justamente célebre por sus escritos, á quien no conozco personalmente, y á quien tengo en no poca estima por lo que de su pluma he leído, é hijo el segundo del malogrado habanero Domingo Delmonte, á quien debí una buena amistad en París y muy delicados servicios en Madrid: mozos ambos el Pancho y el Leonardo á quienes hallé á bordo del PARANÁ, y de quienes hablaré á vd. mas adelante en esta y en mis siguientes cartas.—Saltamos en un botecillo gobernado por un robusto negro, y nos dirigimos á aquella tierra que tan insalubre é inhospitalaria nos habían pintado y que á mí tan pintoresca me parecía, por encima de un mar azul y tranquilo y bajo un sol cuyos rayos no poco nos calentaban á pesar de hallarnos en el mes de Diciembre.—Aquella población construida en anfiteatro en la falda de aquellas colinas eternamente verdes, aquella rica vegetación de los trópicos que yo por primera vez veía, aquellos penachos ondulantes de palmas y cocoteros que coronaban los cerros, aquella alfombra de arbustos y yerbas aromáticas que vestían sus fecundas lomas, aquellas flores abiertas y aquellos frutos maduros que mis ojos por do quiera alcanzaban á ver, el espectáculo en fin de una naturaleza y una gente tan distintas de las por mí hasta entonces conocidas, me tenía embebecido y encantado; y no podía convencerme de que aquella atmósfera tan luminosa y trasparente, y aquella tierra tan fértil y tan florida, encerrasen traidoras en su seno tantos gérme-

nes de muerte en sus miasmas epidémicos tan fatales á los europeos.—Parecíame que estaba contemplando uno de aquellos panoramas que nos enseñan en Lóndres, en los cuales ve uno pasar ante sus ojos y visita en una noche todas las riberas del Ganges y las maravillas de la India; y yo era sin duda el solo viajero del PARANÁ que daba gracias á Dios por haberle traído á aquella isla que los europeos abordan siempre con inquietud y desconfianza. Yo veo á Dios por todas partes, mi querido Torres, yo encuentro á la divinidad y su poesía hasta en los mas desiertos arenales, y bendigo al Criador hallando admirable y portentosa la creacion en la cual no veo malo nada mas que el hombre, que viciado por sus malas pasiones, alucinado por las teorías de su falsa ciencia, y corrompido por los vicios de la loca sociedad, ha degenerado física y moralmente del hombre á quien Dios colocó, bello, noble, vigoroso, inteligente y sabio, en los jardines del Eden. Por donde quiera que se torne la vista, la creacion impregnada del perfume de la religion y la poesía, revela á Dios; mas por donde quiera se encuentra al hombre envilecido en el fango del egoismo y del interés, puesto que nuestra moderna y tan decantada civilizacion convierte en avarientos comerciantes, á nuestros nobles, á nuestros héroes, á nuestros ricos, á nuestras hermosas, y hasta á los sacerdotes de nuestra religion de caridad y fraternidad, cuyo generoso Fundador para enseñarnos estas dos universales obligaciones y cristianas virtudes, vivió pobre derramando beneficios, inurió dando liberal hasta la última gota de su sangre, y la única vez que se armó de un látigo, fué para echar del templo á los mercaderes.

Pero dejémonos, mi querido Torres, de reflexiones y mo-

ralidades que no están en su lugar en esta nuestra correspondencia.

De ellas me sacó el ruido de un bote que tras del nuestro venia, ó mejor dicho volaba, impulsado por cuatro vigorosos negros que al acompasado impulso de cuatro remos le hacian rasar como una golondrina la superficie de las tranquilas aguas. En él venia sentado un jóven rubio y pálido, cuyo cuerpo débil y enfermizo se envolvía en una capa á pesar del calor casi sofocante de aquellos tropicales climas. Deslizóse rápido al lado del nuestro el bote en que el jóven iba, y al emparejar con nosotros, sacando de bajo la capa, una mano descarnada, blanca y aristocrática, me saludó descubriendo al quitarse su sombrero de fieltro una frente alta, despejada é inteligente, y enviándome una mirada afectuosa y melancólica y una sonrisa casi imperceptible. Devolvímosle su saludo mis compañeros y yo, y preguntáronme quién era; no supe qué responderles; la fisonomía de aquel mancebo no me era desconocida, pero ni recordaba su nombre ni el lugar ú ocasion en las cuales le hubiese visto ni encontrado. Por pasajero del PARANÁ no podia tenerle, puesto que á bordo del buque estaba yo seguro de no haberle aperebido durante nuestra navegacion, y eso que hubo momentos de susto, en que se asomaron sobre cubierta hasta los ratones de la bodega. Como quiera que fuere, yo no pude menos de seguir con los ojos al desconocido hasta verle saltar en tierra y desaparecer entre las casas; su recuerdo duró vivo todo el dia en mi memoria, por no sé qué de fantástico y misterioso que descubrir se me antojaba en su figura noble y melancólica, en torno de cuya espresiva cabeza se me figuraba aperebir esa aureola de poesía y

de desventura que creemos ver la gente de arte alrededor de las de Cervantes, Carlos I de Inglaterra, Byron y Andrés Chenier. Atracó nuestro bote en el mismo lugar en que el suyo atracado habia, y dirigíme inmediatamente con mis amigos en busca del cónsul español, D. Federico Segundo, á quien hallamos en el corredor de una fonda que, como todas las casas de aquella poblacion construida en anfiteatro, abria sus vistas sobre la mar. Recibiéonos con la cortesía noble pero franca, característica de los españoles, exenta de la gravedad erguida y ceremoniosa de los ingleses y de la afectacion exagerada de los franceses; espusímosle en breves palabras nuestra posicion, comprendióla el cónsul en mas breves momentos, y apareciéndose en aquellos el agente inglés en la fonda, punto de reunion general al arribo de los buques de Europa, abocóse con él el español, y en la lengua de Albion, que el Sr. Segundo correctamente habla, le probó que el toque de su empleo no estaba en la exactitud de las salidas de los buques-correos de la isla de Santo Tomás, sino en la del arribo de la correspondencia á los extremos de la línea por ellos establecida; y que los intereses de los gobiernos y el servicio del público, era antes que los de la compañía.—Replicó el inglés y tornóle á argüir el español: tornó á resistir aquel y á insistir éste: comenzó á llenarse el corredor de curiosos é interesados, entre los cuales acertó á estar el cónsul inglés: enteróse de la discusion y púsose de parte del español: tornaron juntos á argüir al agente de la compañía inglesa y tornó éste á replicar y á resistir: escusóse él con su obligacion y las órdenes de sus principales de Lóndres, y opusieronle ellos la que sus cargos consulares les imponian y las órdenes de sus respectivos

gobiernos: atrincheróse el inglés en su responsabilidad ante la compañía inglesa, de quien era allí único y absoluto representante; opusieronle los dos cónsules su responsabilidad ante las dos naciones á las cuales representaban, y finalmente el inglés, que á mi ver luchaba solo para no ceder sin pelear, se dió por vencido y propuso fletar una goleta que anclaba en el puerto para conducir á la Guaira los viajeros y la correspondencia de la América del Sur, y enviarnos á los que íbamos á la Habana y Veracruz en el PARANA á la Jamaica, donde hallariamos el *Wye* pronto á conducirnos á nuestro destino. Aceptaron los cónsules su proposicion y diéronle las gracias por semejante complacencia: dímoselas nosotros á los cónsules: enteráronse nuestros compañeros de viaje, que tras nósotros poco á poco desembarcado habian, del nuevo y ventajoso arreglo hecho en nuestro favor, gracias á nuestro cónsul, y los que habian comenzado por llorar, concluyeron por reir, los que se habian encolerizado empezaron á sentir el apetito que dá la bÍlis, y comenzaron los tímidos y aprensivos á ver menos desagradable la perspectiva de nuestra permanencia en Santo Tomás á la luz de la esperanza de nuestra próxima partida, la cual debia verificarse á las cuatro de la tarde del siguiente dia. Cambiáronse pues los temores en confianza, los ataques de nervios en tranquila serenidad, el llanto en risa, en aplausos las reclamaciones y en alegría en fin la tristeza. Partió el agente inglés cargado de nuestras bendiciones á fletar la goleta para la Guaira, y á mandar aprestarse el PARANA á conducirnos á la Jamaica á los que á la Habana debiamos ser conducidos, y, concluida en comedia la tragedia de nuestro viaje, nos dispusimos á celebrar su cómica conclusion con un almuerzo

que nos quitase de la boca el gusto acre y las ampollas que en ella nos habian dejado la mostaza y los pudines del PARANÁ.—El Sr. D. Federico Segundo, viéndonos en tan felices disposiciones y á salvo de la disipada tormenta, se despidió de nosotros, no sin hacernos en especial á mis dos amigos y á mí las mas francas y generosas ofertas: quedamos por ellas y la poderosa intervencion con que en nuestros asendereados negocios habia terciado, grandemente agradecidos, y contentísimos de haber hallado en aquellos parajes un tan cortés y cumplido caballero representando los derechos y protegiendo los intereses de la España.

Partió nuestro cónsul y apareció nuestro almuerzo, del cual solo podia amargarnos el fabuloso precio que segun los pronósticos pasados debia costarnos: pero la Providencia tenia dispuesto que yo no participara de ninguna de las amarguras de la isla de Santo Tomás. A punto de sentarme á la mesa, recibí una invitacion apremiante, sin admision de excusa ni demora, para pasar con mis dos amigos á casa del general D. Buenaventura Baez, ex-presidente de la República dominicana, que en su casa nos tenia dispuesto almuerzo y hospedaje, mas suculento, mas cómodo y mas económico que el de la fonda.—Un carruaje nos esperaba á su puerta, y no habiendo medio, ni pasándonos en verdad por la cabeza pensamiento de rehusar, abandonamos á nuestros compañeros que nuestra buena fortuna envidiaron, y partimos á casa del general.

Nada puedo decir á vd. de este personaje, mi querido Torres, que vd. no sepa. Vd. y yo le hemos conocido en Paris de embajador de su República, y la parte que en los sucesos políticos de la isla de Santo Domingo ha tenido, está

consignada en los periódicos de la época; ni á mí me cumple ahora recordarla, ni juzgarla me corresponde; tanto mas cuanto que siendo el general Baez amigo mio, no podria yo menos de ser parcial hablando de su persona. En esta ocasion tomó delicadamente pretesto para hacernos sus huéspedes, el de hacerme probar, á mí europeo que por primera vez visitaba aquellas islas, las esquisitas frutas americanas.—Ofrecióme en consecuencia una mesa sobre la cual campeaban la olcrosa piña, la jugosa chirimoya, el plátano nutritivo, el rojo y suave mamey, el azucarado zapote, el delicado mango, las sabrosas conservas de guayaba, de icaco y de limoncillo, adornada con flores de toda especie y cuyos cuatro ángulos flanqueaban sendas botellas del Rhin, de Bordeaux y la Champagne; á traves de las cuales comencé á ver la isla de Santo Tomás como la tierra de promision, la casa del general como el encantado palacio de Aladin en las Mil y una noches, y la América como un Eden.—No necesito describir á vd. el almuerzo, que alegró Baralt con su erudita y picante conversacion, en medio de la cual me pidió el general la historia de mi serenata á la Emperatriz Eugenia, que de mil modos habia oido contar, y cuya composicion no habia podido haber á las manos.—Repuse yo, que si queria oir la serenata estaba pronto á recitársela, y que de su historia le diria cuatro palabras despues de habérsela recitado. Aceptó él, holgáronse mis amigos de comenzar á hacer la digestion al rum-rum de mis versos, y comencé yo á decirlos, no poco halagado de que ellos quisieran oírme los.